

EL LITORAL MURCIANO EN LA NUEVA EDICION DE LA «ORA MARÍTIMA»

POR
NURIA SUREDA CARRIÓN

«Et c'est à Mastia qu'il place les *divites Tartessii*»
(Pierre Cintas, París 1970)

Un texto muy importante para conocer mejor nuestra Historia Antigua es el poema «*Ora Marítima*» de Avieno (autor latino del siglo IV de nuestra era) que utilizó «arcanos anales púnicos» y fuentes antiquísimas para componerlo; en su época era habitual poner en verso textos históricos o geográficos para uso de las escuelas.

El hecho de que Avieno utilizara para su redacción fuentes antiguas y recónditas, como dice alabándose (desde Hecateo a Tucídides enumera once autores de los siglos VI y V a.C.) es lo que más dificulta la comprensión de la «*Ora Marítima*» cuando el texto no está corroborado por otros historiadores o geógrafos de autoridad y prestigio reconocido. Este poema fue la verdadera guía de Schulten (1) en su incansable búsqueda de *Tartessos*, pero su esfuerzo no fue coronado por el éxito y ahora se ha puesto de moda criticar su personalidad pese a que la mayoría de sus interpretaciones (muchas, posiblemente erróneas) siguen vigentes en el mundo científico, como puede comprobarse en la reciente edición de la «*Ora Marítima*» (2).

(1) A. SCHULTEN: «*Avieno*», *Fontes Hispaniae Antiquae I* (Barcelona, 1955).

(2) J. MANGAS y D. PLACIDO: «*Testimonia Hispaniae Antiqua I: Avieno*», Ediciones Historia 2000 (Madrid, 1994).



El gran Schulten estudió la obra de Avieno con la minuciosidad que le caracteriza; es admirable el impulso que dio a esta investigación con su saber y capacidad de trabajo, pero no era infalible, su labor no puede bastarle al especialista actual que tiene más medios a su alcance. Su aportación cultural es tan grande que merece todo nuestro agradecimiento, sin embargo, su huella ha calado tan hondo que nos sentimos acorralados y sometidos a la rutina de las interpretaciones del gran investigador alemán: no aprovechamos nuestras posibilidades con el ejercicio de la libertad de pensamiento y somos incapaces de buscar soluciones verdaderamente innovadoras que nos permitan avanzar en el conocimiento de nuestra Historia Antigua.

TESTIMONIA HISPANIAE ANTIQUA: AVIENO

Con el título *Testimonia Hispaniae Antiqua* (=THA) y bajo la dirección de los profesores Julio Mangas y Domingo Plácido, por fin se ha iniciado una revisión crítica de las *Fontes Hispaniae Antiquae* (=FHA), pues, «desde hace años se venía advirtiendo la necesidad de revisar el conjunto de la obra de modo que se ajustara a los avances de la investigación filológica, jurídica, arqueológica e histórica» (THA I,9) sobre la Historia Antigua de la Península Ibérica.

Siguiendo el camino que abrió Schulten y ayudados por un buen equipo profesional, J. Mangas y D. Plácido han editado en el volumen I la obra de Avieno: «*Ora Marítima*», «*Descriptio Orbis Terrae*» y «*Phaenomena*». Se presenta el texto original latino junto a la traducción castellana de Pere Villalba i Varneda; un grupo de «historiadores recientes» ofrecen su interpretación de los contenidos de Avieno y, a la vez, las opiniones de otros comentaristas; intervienen también, en ocasiones, los especialistas que forman el Consejo Técnico de la obra. Diversos índices -latino, español, de citas, de autores antiguos, de autores modernos, toponímicos, de materias y de términos griegos- más la cartografía (algunos mapas realizados expresamente para esta edición) y una selecta bibliografía, convierten este volumen en un importante instrumento de trabajo que podrá completarse en el futuro. En él se recogen gran parte de las opciones de la investigación moderna, pero, voluntaria o involuntariamente, se ignoran otras que podrían tener gran importancia para comprender mejor la obra de Avieno (y nuestra Historia Antigua) bajo nuevos puntos de vista distintos de los de Schulten.

La complejidad de los textos de Avieno y los innumerables problemas que plantea al investigador (de difícil solución, por ahora), afortunadamente, no han detenido a los editores que expresan sus opiniones con valentía –sin seguir el mal ejemplo de FHA VII publicado sin el menor comentario para no arriesgarse– y escriben en la introducción (THA I, 27):

«*Ante la imposibilidad de disponer hoy de todas las claves para explicar con garantía cada uno de los pasajes de la obra de Avieno, hemos pretendido que esta*



edición sea un reflejo fiel del estado actual de los aciertos, hipótesis y sugerencias sobre la comprensión de los datos de Avieno referidos a la Península Ibérica. Hemos considerado que crear un instrumento para los estudiosos era más útil que ofrecer un estudio cerrado sobre una obra que debe quedar necesariamente abierta a nuevas interpretaciones».

La intención no puede ser mejor ni más loable, pero los resultados van acompañados de algunos fallos –tanto en la traducción como en los comentarios– que han malogrado tan buenas intenciones. Han prevalecido viejos tópicos, establecidos por Schulten, que la crítica moderna debería haber superado. Defender todavía que «el nombre de Iberia habría sido dado por los griegos originariamente a la región del Tinto, primer punto de contacto con la Península Ibérica» (THA I,84) es una opinión que carece del menor apoyo científico si atendemos a los condicionamientos geográficos y a los textos históricos conservados (3). Hay que añadir que los descubrimientos arqueológicos (naves fenicias de Mazarrón) demuestran que los navegantes, fenicios y griegos, recalaban y naufragaban en las costas de *Mastia-Tarseion* (Polibio III 24,4) –en el territorio de Cartagena– antes de cruzar el obstáculo geográfico del Estrecho de Gibraltar para llegar a Huelva después de superar todas las dificultades.

Predomina el que Jaime Alvar (colaborador general de esta nueva edición) llamó «un conocimiento estereotipado» que, a mi juicio, nos conduce por la infructuosa vía de la inercia. No se ha indagado si la «Ora Marítima» empieza, como el mismo Avieno dice (v. 54) «*desde el estrecho tartesio*», y más arriba en *el tiempo* no en *el espacio* como creyó Schulten (4).

EL PROBLEMA CRONOLÓGICO DE LA «ORA MARÍTIMA»

Con gran trabajo, admirable paciencia, enorme erudición y escaso acierto según mi punto de vista, Schulten intentó resolver el galimatías del poema «Ora Marítima», donde Avieno describe detalladamente la naturaleza de las costas hispanas y algo de nuestra historia más antigua: menciona nombres de mares, cabos, golfos, puertos, montes, ríos, islas, lagunas, marismas, tribus y ciudades o pueblos.

A mi modo de ver, Avieno se limita a recopilar datos antíquísimos de viejos roteros náuticos, sin advertir las contradicciones en que incurre al ensamblar, arbitrariamente, descripciones de *los mismos datos geográficos* sobre mares, gol-

(3) N. SUREDA: «*Sugerencias para una metodología etnográfica en el campo de la Península Ibérica*», II Congreso Mundial Vasco, Cuadernos de Sección nº 6 (Donosti, 1988) y en *Murgetana* nº 76 (Murcia, 1988); también «*El río Ebro y los iberos en las fuentes antiguas*», Simposi Internacional, rev. *Ampurias* nº 30-40 (Barcelona, 1978).

(4) Cf. NURIA SUREDA: «*El litoral tartesio en la «Ora Marítima» de Avieno*, revista *Historia y Vida* nº 253 (Barcelona, 1989).



fos, islas, cabos... (a veces con distinto nombre) recogidos de diversos autores y diferentes épocas, pero englobados en un solo poema redactado como un periplo marítimo de las costas occidentales, que se inicia «*desde el estrecho tartesio*» (v. 54) y va recorriendo el Sudeste y el Levante de la Península hasta llegar más allá del Ródano. La ciudad griega de Massalia (Marsella) es la última que se cita en el texto que nos ha llegado.

El problema más grave y difícil de resolver que nos plantea la «Ora Marítima» es el cronológico: algunas fuentes pueden fecharse aproximadamente a través del autor citado o por su coincidencia con otros textos, sin embargo, a mi entender, es innegable que la narración de Avieno comprende también una *etapa inmemorial* relacionable con el pensamiento arcaico sobre la estructura del mundo conocido (los famosos *cuatro golfos* del antiguo Océano, en esta edición «los cuatro mares», THA I,110), pues recoge el primer nombre de la Península Ibérica, *Oestrymnis* (vv. 154-155) –*Estrimnis* en THA I,54-66– que vendría a significar Occidente, el Ocaso mítico de Hesperia, y al mismo tiempo Avieno nos ofrece las innovaciones posteriores fomentando la confusión.

Schulten –a quien tanto debemos agradecer en otros aspectos– con sus aciertos y sus errores en la interpretación de la «Ora Marítima», nos dejó un galimatías mucho mayor que el del propio Avieno; sus interpretaciones rectifican el texto y añade por su cuenta, sin argumentos sólidos, referencias a la Bretaña, Irlanda, Inglaterra o las costas del norte de España –también admitidas por la historiografía moderna– a su juicio, Avieno dice que quiere empezar «algo más arriba» (Ora Marítima, v. 76), es decir, «más hacia el Norte, su descripción de la costa desde el estrecho tartesio al Ponto, añadiendo cosas desconocidas, sacadas de autores antiguos, por eso antepone la costa desde la Oestrímnida hasta el Estrecho Tartesio» (FHA I,92-93).

La interpretación del investigador alemán la admiten sin reservas en la nueva edición (THA I,47): «Anuncia Avieno su intención de alterar su plan de comenzar a describir las costas de Tarteso al Ponto y especifica que comenzará la narración más al norte de las costas que median entre Estrimnis (=Oestrimnis) y Tarteso». En opinión de Jaime Alvar (THA I,55) Avieno «ha trabado mal la continuidad de su descripción, pues se produce un salto *desde las Columnas* (el subrayado es mío) hasta el extremo más alejado, a partir del que va a describir la costa atlántica», a su juicio, «el punto fijo del que se puede partir es la Isla Sagrada (Irlanda)».

Falta saber si está bien localizada en Irlanda la *Isla Sagrada* «así llamada por los antiguos» y situada a dos días de las Columnas, pues diferentes islas se denominaron así. Por ejemplo, Hesíodo en su *Teogonía* refiere:

«Afrodita la divina, concibió a Telegón (de él se pretendía que había nacido Italo, héroe epónimo de Italia) quienes mandaron a todos los ilustres tirrenos en el



retiro de las Islas sagradas». ¿A qué *Islas sagradas* puede aludir Hesíodo? Una de ellas podría ser Sicilia pues una montaña siciliana era célebre por el santuario de Afrodita.

Se supone que Avieno «da un salto entre los dos extremos del itinerario que le sirve para describir la costa atlántica» (THA I,50), sin embargo, el salto parece producirse en *el tiempo* no en *el espacio* geográfico como creyó Schulten y sus seguidores actuales.

A mi juicio, Avieno añade cosas desconocidas «sacadas de autores antiguos» por eso menciona el «*golfo atlántico*» (Ora Marítima v. 80), uno de los cuatro golfos del antiguo Océano, nuestro Mediterráneo (5) en la Geografía antigua. Recordemos que después de su introducción nos indica Avieno que su relato empezará «un poco más arriba» y que las cosas narradas se apoyan en «testimonios tomados de lejos» (Ora Marítima vv. 75 ss.); a continuación alude al «golfo atlántico» (vv. 80-98), a Gadir «llamada antes Tartessos» y a las *Columnas de Hércules*, añadiendo que *aquí* («*hic*») en este lugar junto a las Columnas «surge la cumbre de un cabo prominente –la antigüedad lo llamó Oestrímnida– hallándose la elevada mole de la rocosa cima completamente vuelta hacia el tibio mediodía. Por debajo de tal prominencia se abre el golfo, llamado Oestrímnico por los naturales, en el cual sobresalen las islas Oestrímnidas, yaciendo separadas y siendo ricas en metal de estaño y plomo» (FHA I,155).

La mención del *golfo atlántico* y de la región *Oestrímnica* relacionada con el primer nombre de la Península Ibérica, *Oestrymnis*, a mi entender, demuestran que la narración de Avieno se inicia como dijo en el *estrecho tartessio* –que no parece ser «una designación antigua que se refiere al golfo de Huelva» (THA I,46)– y más arriba en el tiempo: al menos, es una opción que debería ser estudiada.

EL PAISAJE DE TARTESSOS

Los editores afirman que han intentado huir de todo posicionamiento rígido en el momento de enfrentarse con la explicación del texto de Avieno en la nueva edición. Es cierto que informan sobre las opiniones de diversos comentaristas ofreciendo varias opciones para interpretar la obra de Avieno, ahora bien, en algunos casos, se echa de menos la intervención del Consejo Técnico para precisar mejor las posibilidades científicas de algunas opiniones, o para corregir errores u omisiones, tanto de la traducción como en los comentarios.

(5) Cf. NURIA SUREDA: «*El antiguo Océano y las Columnas de Heracles*», en Homenaje a Sánchez Albornoz (Universidad de Buenos Aires, 1983); y «*El antiguo río Océano, centro del mundo conocido*», rev. Historia y Vida nº 229 (Barcelona, 1987); y «*La Edad Oscura de nuestra historia y las relaciones marítimas*», rev. *Estudis Balearics* vol. 8, Institut d'Estudis Balearics (Palma de Mallorca, 1983).



Para no defraudar las expectativas abiertas por una revisión tan importante y necesaria estaban obligados a señalar que la localización de las *Columnas de Heracles* en Gibraltar, presenta ciertos problemas, cuando se trata de fuentes muy antiguas que aluden a la fractura del Estrecho de las Columnas. Si se quiere comprender la narración de Avieno y el paisaje de *Tartessos* es importante tener en cuenta la relatividad de ciertos términos geográficos –Océano, Columnas de Heracles, mar interno, mar externo– porque representan conceptos que cambian al correr de los tiempos. Sin embargo, no mencionan siquiera que la palabra *Océano* y el término *Columnas de Heracles*, al parecer, no designaron siempre el actual Océano Atlántico y el Estrecho de Gibraltar, como intenté demostrar en mi libro y otros trabajos (6).

Es muy significativo que tampoco precisen que varios autores defendemos la identificación del que Avieno llama «*golfo tartesio*» (Ora Marítima vv. 262 ss. y 304 ss.) con la bahía natural de Cartagena, limitada por los montes de Galeras y San Julián que serían los dos cabos o elevaciones que cierran el golfo tartesio: el cabo del templo y el cabo de Geronte.

Ciertamente, M^a del Mar Myro (THA I,51) en sus comentarios a los diversos emplazamientos de *la ciudad* de Tartessos indica: «otros estudiosos del tema, la desplazan hacia La Manga del Mar Menor», y añade en una nota: «N. Sureda, 1970, realiza otra propuesta alternativa desplazando la localización de esta *ciudad* hacia La Manga del Mar Menor»; lo mismo repite Jaime Alvar (THA I,92) al comentar: «Sobre el paisaje de Tarteso ha habido otras propuestas alternativas al Guadalquivir como la de N. Sureda (1970) que localiza *la ciudad* de Tarteso hacia La Manga del Mar Menor» (el subrayado es mío).

No he dedicado mi esfuerzo –dos libros (1970 y 1979) y más de 40 trabajos– a buscar el emplazamiento de *la ciudad* de Tartessos, sino a precisar mejor la cronología y contenido de la cultura tartésica, incluyendo en ella la etapa de la cultura Mastiena de El Argar (7), remarcando la extensión geográfica de *La Tartésside* (término que ha vuelto a ponerse de moda) y de *La Turdetania* (8) su heredera. Por mi parte, no existe ningún empeño ni afán desmesurado por demostrar «la *grandeur* del «Imperio Tartésico» (THA I,123), sólo cierta inquietud por resolver definitivamente el problema de su extensión geográfica, que está vincu-

(6) NURIA SUREDA: «*Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*», Publicaciones de la Universidad de Murcia (Murcia, 1979); y «*La interpretación de la leyenda de Tartessos, según Almagro Basch*», rev. Murgetana nº 62 (Murcia, 1982); y «*La Crítica textual y las Islas Afortunadas*», II Congreso de Antropología (Las Palmas de Gran Canaria, 1983).

(7) NURIA SUREDA: «*La cultura argárica ¿específicamente tartésica?*», rev. Murgetana nº 47, Academia Alfonso X el Sabio (Murcia, 1977); y «*La cultura Mastiena de El Argar base cultural de Tartessos*», *Historia y vida* nº 280 (Barcelona, 1991).

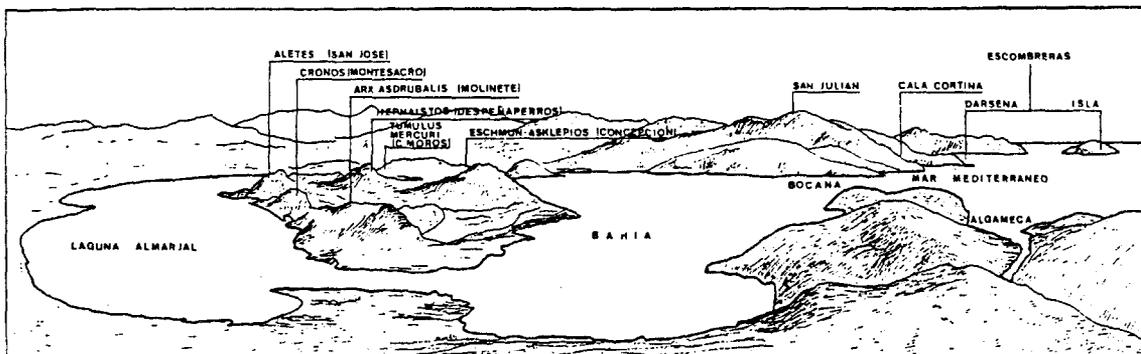
(8) NURIA SUREDA: «*La Turdetania y los más cultos de los iberos*», rev. *Historia y Vida* nº 268 (Barcelona, 1990).



lado al de la Cartagena prebárquida, precisamente, la que nunca se ve en las excavaciones que se realizan.

A mi modo de ver, el *Estado de Tartessos* con sus instituciones, su cultura, sus ciudades o pueblos, su riqueza metalífera y agraria, su comercio, etc., forma principalmente una entidad geográfica, un territorio en el que está comprendida *Mastia-Tarseion* (Polibio III,24,2) en la región de Cartagena y tiene su límite oriental muy bien determinado junto al Júcar «zona que ha tenido con frecuencia el carácter de marca fronteriza desde la Antigüedad hasta la Edad Moderna» (THA I, 128-129).

No hay «garantías plenas» (THA I,22) sobre la identificación de Cartago Nova (Cartagena) y la ciudad de *Mastia-Tarseion* (Polibio III, 24,4), sin embargo, aunque fueran localidades diferentes, es innegable que ambas quedan incluidas en el ámbito geográfico de *La Tartésside* mediterránea.



Restitución de la topografía antigua de Cartagena según Julio Mas (1983), la isla de Escombreras se llamó "isla de Heracles"

El propio Avieno establece la frontera del pueblo de los tartessos cerca del Júcar (Ora Marítima vv. 462-463), dato muy importante porque va asociado al de la descripción del *litoral tartessio* que, a mi entender, comprende las costas murcianas.

LAS TARTESSIOS A ORILLAS DEL MAR SARDO (MEDITERRANEO)

El gran Schulten (FHA I,44) ya observó que existen grandes afinidades entre Avieno y Escimno (=Cimno en la nueva edición) geógrafo griego del siglo I a C.; señaló la concordancia entre ambos y explicaba que se apoyan en Eforo como receptor de la geografía jonia y fuente de los geógrafos posteriores (FHA I,48).

Casualmente, Escimno (vv. 196-199) ubica a los *tartessios* en las costas mediterráneas diciendo:

«A orillas del Mar Sardo (Mediterráneo) habitan en primer lugar los libiofenicios, colonos cartagineses; después, según dicen, están los *tartessios*; a su lado están los iberos. Más arriba de estos parajes están los beribraces. Más abajo, siguiendo por el mar están los ligures y las ciudades griegas, pobladas por los focos de Marsella; la primera es Emporion (Ampurias) y la segunda Rhode (Rosas)».

Incluso la documentación arqueológica confirma la extensión geográfica de *La Tartésside* hasta el Júcar, pero son muy pocos los investigadores que han apuntado la posibilidad de extender el calificativo de *tartésico* al Sudeste de *Mastia-Tarseion*: como puso de relieve A. González Prats (9), se sigue insistiendo en situar geográficamente a *Tartessos* en Andalucía occidental «en el triángulo comprendido entre Huelva, Cádiz y Sevilla, en el bajo Guadalquivir. La Andalucía oriental y el Sudeste vienen siendo sistemáticamente ignorados en la problemática de fronteras». Es penoso, pero cierto.

Avieno (Ora Marítima vv. 462-463) establece junto al Júcar el límite final de los *tartessios* que, según Escimno (v. 199) lindan con los *iberos*. Precisamente, en la región del Júcar (Sicano o Sucro) empiezan los «iberos» para Hecateo —el primero que habló de «Iberia»— quien reserva el nombre de «iberos» para las tribus del este de la Península (llegando hasta el Ródano). Por tanto, Hecateo y Avieno coinciden con Escimno el cual, indudablemente, va describiendo las costas de oeste a este —como señalé (10) en 1970 y repetí años más tarde— y, en consecuencia, queda comprendido en el territorio *tartésico* el *herma* o *vía de Hércules* de la Manga del Mar Menor. También la isla de Escombreras, frente a Cartagena, conservó el nombre de «*isla de Heracles*», llegando hasta nuestros días documentado por un geógrafo de prestigio reconocido como Estrabon (III 4,6).

En el territorio de la antigua *Mastia-Tarseion* (región de Cartagena) se iniciaba la «*vía Herákleia*» o «*vía de Hércules*» de los romanos en la que reinaba una especie de «pacto internacional» (Ps. Aristóteles, *De Mir, ausc.* 85) que garantizaba la libertad y hacienda de todo griego o indígena que transitara por esta *vía de Heracles* que desde Cartago Nova llevaba a Provenza y de allí a Italia; sabemos por los miliarios que sólo en tiempos de Augusto esta *vía* se prolongó hasta Gades (Cádiz). Supuso con acierto García y Bellido que la existencia de este curioso

(9) A. GONZÁLEZ PRATS: «*El ámbito geográfico del mundo tartésico a la luz de la documentación arqueológica del Sudeste*», en «Homenatge a Miquel Tarradell, Estudis Universitaris Catalans (Barcelona, 1993), p. 368.

(10) N. SUREDA: «*Hipótesis sobre Tarschisch*», Imp. Belmar (Murcia, 1970); y «*Etnografía de Iberia: los iberos y los celtas*», rev. Historia y Vida nº 241 (Barcelona, 1988).



pacto debía ser muy antigua y obedecer a razones prácticas de comercio (¿con *Tartessos*?).

EL «HERMA» DEL PAISAJE MURCIANO

El accidente geográfico que Avieno (Ora Marítima vv. 323-326) denomina *herma* parece una descripción perfecta de la *cinta* de La Manga del Mar Menor, aunque se ha intentado localizarlo en varios lugares, incluso en la Sierra de Retín (THA I,100-101) que separa la laguna de La Janda del Mar.

A juicio de Jaime Alvar (THA I,101) en la «Ora Marítima» después de nombrar a Gadir=Tartessos (v. 269) «aparentemente se produce un retroceso, pues en lugar de continuar hacia el Estrecho, se insiste reiteradamente hacia el oeste (*occusus*, v. 314; *in occidum*, v. 321), situación inequívoca de *herma* por más que se hayan buscado localizaciones mediterráneas». A mi modo de ver, que en el territorio que está describiendo, Avieno mencione una isla situada hacia «el *ocaso* del día» (*occusus* v. 314), o que el cabo Sagrado –tal vez cabo de Palos llamado también cabo de Saturno– levante sus rocas «hacia *occidente*» (*in occidum* v. 321), no implica necesariamente un retroceso del Derrotero en dirección opuesta a la que llevaba. Se trata de una idea preconcebida, fundamentada en la hipótesis de Schulten que situaba el *herma*, como veremos, en los bajos rocosos del cabo Trafalgar que imaginariamente se extendían hasta el cabo Espartel en el norte de África. Aunque Jaime Alvar no me cita, supongo que su rechazo alude a mi hipótesis sobre el *herma* del paisaje murciano que recogeo observando:

«N. Sureda considera que *herma* podría localizarse en la zona de Cartagena, pues Avieno cree que este accidente geográfico era una manga de tierra» (THA I,102).

Resulta penoso ver el conocimiento tan superficial que tienen de mis investigaciones algunos científicos –por eso insisto en citar mis trabajos (11)– es sorprendente e inexplicable que por una parte indiquen que localizo *la ciudad* de Tartessos «hacia La Manga» (THA I,51 y 92), y en cambio, conocen mi trabajo sobre el *Herma* (lo citan en la bibliografía) pero no especifican claramente que localizó el *herma* exactamente en *la cinta de La Manga del Mar Menor*. No podremos avanzar mucho en el conocimiento de nuestra Historia Antigua si en la revisión de las FONTES se utiliza la ambigüedad para presentar opciones poco conocidas, como las mías, que no han sido analizadas con rigor científico.

En opinión de Schulten (FHA I,120) «*herma*, esto es, escollo, se llamaron los bajos cerca de cabo Trafalgar, que según se creía llegarían hasta el cabo Espartel»

(11) N. SUREDA: «El Herma («taenia») en la Ora Marítima: ¿cinta o escollo?» Actas del XIV Congreso de Arqueología (Zaragoza, 1977); y «El antiguo Océano y las Columnas de Heracles», en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz (Universidad de Buenos Aires, 1983).



en la costa africana, formando una cinta o restinga de escollos entre las dos orillas, una especie de camino que «se creía ser el camino de Hércules» y llamaban también *vía de Hércules* (Ora Marítima v. 336), denominación relacionada con las *Columnas de Heracles*.

La sugerencia de Schulten no coincide con la descripción de Avieno (Ora Marítima 321 ss.) que dice:

«Después el cabo Sacro –(¿cabo de Palos?)– alza sus soberbias rocas hacia occidente. En otro tiempo Grecia llamó *herma* este lugar. Es, pues, *herma* un banco de tierra que de los dos lados cubre el lago intermedio. Otros la llaman *vía de Hércules*, porque se cuenta que Hércules cubrió los mares, para que fácilmente quedase abierto el camino para el cautivo ganado». ¿Dónde está el *lago intermedio* entre las costas de nuestra Península y la orilla africana?

En la reciente edición comparten la localización geográfica que propuso Schulten y aducen como apoyo (THA I,102) un pasaje del Pseudoescílax (v. 112): «*herma* no emerge de las olas, aunque en algunas partes es azotado por ellas»; opinan que «lo mismo podría haber ocurrido entre los cabos Trafalgar y Espartel si suponemos que la acción del tiempo ha destruido la mayor parte del camino antiguo. Este hecho propició que los autores posteriores no citasen dicho accidente geográfico».

Sin embargo, sí que es citado por su vinculación a las hipótesis geológicas sobre la fractura del Estrecho de las Columnas de Heracles. Tanto Estrabon (I 3,4) como Plinio (III 1, 3-4) llaman al *herma* «taenia»=*cinta* (no escollo), término que describe con precisión el cordón litoral de La Manga del Mar Menor que ha conservado el nombre de cinta durante siglos.

Opinaba Schulten (FHA I,49) que en la «Ora Marítima» con «la mayor ignorancia se confunde el *herma* entre Trafalgar y el cabo Espartel con un *herma* del estrecho gaditano que no existe»; más adelante insiste «aquí tontamente refiere la *via Herculis* del v. 326, es decir, el Estrecho entre Trafalgar y Espartel al Estrecho de Gibraltar» (FHA I,121). Según el investigador alemán, «una nueva prueba de falta de sentido es que «confunde el *herma* africano otra vez (como ya en v. 329) con el *herma* verdadero entre cabo Trafalgar y cabo Espartel».

El gran Schulten (FHA I,121) atribuye tales inexactitudes al hecho de que «el Estrecho y el Océano eran desconocidos a los Griegos, pues había sido cerrado el Estrecho después de la destrucción de Tartessos (500 a.C.)». El supuesto «cierre del Estrecho» por los cartagineses se convirtió en un tópico contra el cual he luchado en solitario durante décadas y sólo ahora empezamos a superarlo. El *herma* entre Trafalgar y Espartel es otro tópico sin fundamento que, al parecer, mantiene toda su vigencia, igual que el de la «destrucción» de Tartessos.

A mi entender, después del «golfo tartesio» (la bahía natural de Cartagena) Avieno (Ora Marítima vv. 305-336) describe con total exactitud la *cinta* del Mar



Menor o vía de Hércules, el *herma* de la costa africana –como dije hace años– sería la Mar Chica de Melilla, un accidente geográfico muy similar al Mar Menor y situado en la orilla opuesta. Casualmente, en Metagonion, región del cabo Tres Forcas junto a Melilla, situaba Eratóstenes (Estrabon III 5,5) el monte Abilyx que algunos identificaron en la Columna de Libia.

Será conveniente recoger las principales fuentes que aluden al accidente geográfico llamado *herma* (Ora Marítima 323 ss.) o *vía de Hércules*; destacaré ciertas coincidencias para que los investigadores futuros puedan formarse una idea más clara de la polémica que existe sobre un término discutible tanto por su significado como por su situación geográfica, pues está ligado a las hipótesis geológicas sobre el mar de las *Columnas de Heracles* y el antiguo Océano.

EL «HERMA» Y LAS COLUMNAS DE HERACLES

Han observado con acierto en la nueva edición que Avieno «debió de tomar nota de descripciones y relatos de autores distintos y los acopló sin preocuparse demasiado de la situación topográfica» (THA I,78). Es evidente que las repeticiones se deben a la mezcla de fuentes, de épocas y de autores diversos en la recopilación de Avieno.

Un problema espinoso es que los datos correspondientes en tiempos antiguos al *herma* del litoral tartessio de La Manga del Mar Menor, a mi juicio, se atribuyeron en las fuentes posteriores al Estrecho de Gibraltar, donde se situaron por último las *Columnas de Heracles* que evolucionaron hacia occidente al aumentar los conocimientos. Los investigadores actuales no suelen tener en cuenta la relatividad de ciertos términos geográficos –Océano, Columnas de Heraces, mar interno, mar externo– que, como dije, representan conceptos que cambian al correr de los tiempos.

Sabemos que en tiempos de Estrabon (s. I a.C.) se llamaba *mar interno* al Mediterráneo y *mar externo* u *Océano* o Gran Mar, el Atlántico actual, y las *Columnas de Heracles* se situaban en Gibraltar. Por otro lado, nos dice Avieno (Ora Marítima 397-415) que «un antiguo uso» denominó *Océano* a nuestro Mediterráneo, según el relato que recoge de Himilcón, por tanto, la peligrosa *cinta* o *herma* que se suponía umbral, puerta o límite del *mar interno*, sería el límite entre un verdadero «Mar Interior» (Mar Menor) y el que primitivamente llamaron *Océano* o *mar externo*, es decir, nuestro Mediterráneo, separados ambos por el *herma* o «*taenia*» (cinta): La Manga del Mar Menor (12).

(12) N. SUREDA: «El Imperio de Gerion rey de Tartessos y las Baleares», Revista Balear nº 46-47 (Palma de Mallorca, 1977).



El gran investigador García y Bellido (13) ofrece la siguiente traducción del texto de Plinio (III 1, 3-4) sobre el *herma*:

«Los marineros se aterran viendo bajo sus quillas escollos que se alinean a manera de blanquecinas cintas; por ello muchos llamaron a este lugar «*limen interni maris*». El mismo texto de Plinio es traducido así por Virgilio Bejarano (FHA VII, 118): «bancos de blanquísimos escollos aterrorizan a las tripulaciones de las naves, motivo por el que muchos han dado a este lugar el nombre de «Umbral del Mar Interior».

Se decía que al colmarse por el arrastre de los ríos «el *mar interno* confluyó en el *mar externo*» y se precipitó «como una catarata» al desbordarse las aguas por el *Estrecho de las Columnas*; se produjo una fractura y el *mar interno* bajó de nivel dejando al descubierto lugares que estaban cubiertos por aguas poco profundas. Según Estrabon (I 3, 4-18) la prueba de que ambos mares no se comunicaban anteriormente era «la existencia de una faja (cinta o *herma*) submarina desde Europa hasta la Libia». (La mención de Libia ofrece varias posibilidades de interpretación).

Puse de relieve hace años, que aplicar los textos conocidos sobre las hipótesis geológicas al Estrecho de Gibraltar, presenta una dificultad que parece insalvable: que este Estrecho se abrió antes de la existencia del hombre y nadie pudo conservar la memoria de sus hundimientos o fracturas. En cambio, no es increíble –como decían los antiguos (Estrabon I,3,7– que el *mar interior* (Mar Menor) haya sido antes un lago que se colmó con las corrientes fluviales precipitándose sus aguas como una catarata por el *Estrecho de las Columnas* que, en ese momento, no era el Estrecho de Gibraltar. Al bajar el nivel del mar interno (Estrabon I,3,13), dejó al descubierto lugares que habían estado cubiertos por aguas poco profundas, provocando el terror de navegantes como el púnico Himilcón; en su relato, transmitido por Avieno, a juicio de Schulten (FHA I,96) se enumeran «los peligros del Océano, divulgados y exagerados por los cartagineses para alejar a los navegantes de otros pueblos». Sin embargo, bajos, calmas, niebla y algas –«Punta de Algas» en La Manga del Mar Menor– son peligros que, con menos retórica, se señalan en el Derrotero de las costas del Mediterráneo (14) como destaqué hace años.

Anuncia Avieno (Ora Marítima vv. 397-415) que va a hacer una exposición de los *cuatro golfos* mayores del Océano y dice (FHA I,162):

«*La primera entrada de este mar (Océano) en la tierra es el golfo Hespérico y*

(13) A. GARCÍA Y BELLIDO: «*La España del siglo primero de nuestra era, según Mela y Plinio*», Ed. Espasa Calpe (Madrid, 1947), p. 120.

(14) N. SUREDA: «*Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el sureste peninsular*», Publicaciones de la Universidad (Murcia, 1979), p. 225-231.



el mar Atlántico, luego la onda Hircana, el mar Caspio, el mar Índico por detrás del golfo Pérsico y el abismo Árábigo, ya bajo el cálido Noto. En otro tiempo un antiguo uso lo llamó Océano, apellidándole otra costumbre mar Atlántico; su abismo se despliega en inmenso ámbito y se prolonga ampliamente sin límite definido. Y generalmente el mar se extiende con tan poco espesor que apenas cubre las subyacentes arenas, abundantes algas flotan sobre el abismo y éste encharcado impide el oleaje, una muchedumbre de monstruos nada por todo el piélagos, un gran terror de las fieras llena de los mares. Himilcón el Cartaginés refiere que en otro tiempo por sí mismo lo vio y comprobó en el Océano. Nosotros te lo ofrecemos, tomándolo de los oscuros anales de los Púnicos que lo han transmitido a través de los siglos».

En opinión de Schulten, los versos citados son un fragmento tomado de Eforo en el que Avieno «ineptísimamente introdujo la cita de Dionisio acerca de los cuatro golfos del Océano».

He puesto de relieve en varios trabajos ya citados que, según la estructura del pensamiento arcaico sobre el mundo conocido, el «*río Océano*» de Homero y Hesíodo es el *Mediterráneo* –uno de los famosos *cuatro golfos* del Océano– y ocupa el *centro* de la tierra conocida, el propio Estrabon (II 5,3) recoge los versos de Homero que lo indican:

*«En medio hay grandes ríos...
y en primer lugar el Océano...*

añade Homero (Odisea XII 1-2):

*«Luego que la nave abandonó
la corriente del río Océano,
llegó a las olas del vasto mar».*

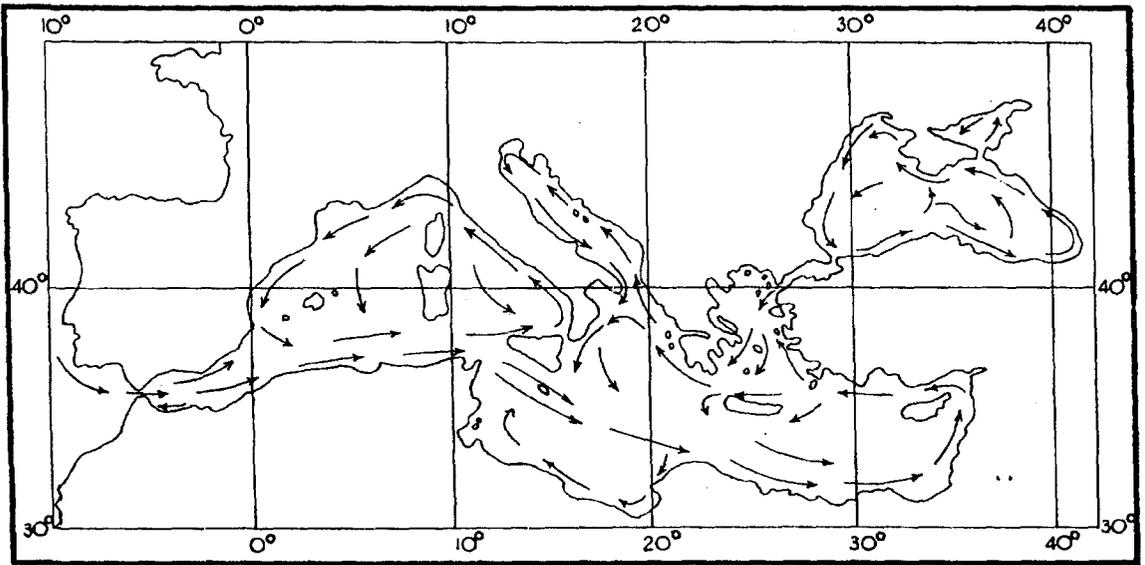
En cierto sentido, denominar *Océano* al Mediterráneo es un concepto que todavía perdura en tiempos de Estrabon (II 5,18-19) pues también lo incluye en los *cuatro golfos* «a lo largo del Océano» añadiendo que entre las Columnas y Sicilia forma un «*gran mar*» denominación más propia del actual Océano Atlántico en la época del geógrafo griego.

Un análisis sistemático del proceso innovador demostraría que la *resistencia de las supervivencias* dentro del proceso innovador que atribuye al Atlántico actual datos correspondientes al antiguo *Océano* o Mediterráneo, reflejan *experiencias humanas* adquiridas con la práctica cotidiana de la navegación. Por ejemplo, los textos antiguos que aluden al *Océano* «fluyendo sobre sí mismo» (antes de que tal frase se convirtiera en un estereotipado tópico), a mi entender, se refieren al Mediterráneo, donde las corrientes marinas circulan en sentido contrario a las



agujas del reloj, por tanto, el antiguo río *Océano* «fluye sobre sí mismo» rodeado por la tierra conocida; más allá se extiende el *vasto mar* de Homero (Odisea XII 1-2) de límites ignorados.

Al aumentar los conocimientos y estereotiparse la frase «el Océano que circunda la tierra», el sentido cambia y es el propio Océano el que pasa a rodear la tierra como «un río sin fin que fluye sobre sí mismo» (Herodoto IV 36), provocando la burla de Herodoto porque representaban el mundo como si estuviera hecho a torno y rodeado por el Océano.



Mapa del Instituto Hidrográfico de la Marina señalando las corrientes que circulan en el Mediterráneo en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Las innumerables contradicciones reflejadas en los textos que recogen tradiciones muy antiguas, como el relato del púnico Himilcón en Avieno (Ora Marítima vv. 400 ss.) –describe Himilcón un *Océano* poco profundo, con «subyacentes arenas», encharcado y cubierto de algas– son la consecuencia del enfrentamiento entre dos conceptos muy diferentes sobre el *Océano* (entre el Atlántico actual o el Mediterráneo), pues las que fueron, según el pensamiento arcaico, nociones empíricas vagamente definidas, utilizadas para designar grandes distancias –el vasto mar, allende el Océano, el Ocaso, junto a las Columnas, etc.– se convierten con el paso del tiempo en un procedimiento geométrico más preciso: el choque entre ambos conceptos, se observa con claridad en las discusiones que se produjeron en la Antigüedad sobre la fractura del *Estrecho de las Columnas*, situado en Gibraltar en tiempos de Estrabón.

LA FRACTURA DEL ESTRECHO DE LAS COLUMNAS DE HERACLES

El texto de Estrabon (I 3,4) que alude al *herma* llamándolo como Plinio (III 1, 3-4) «*taenia*» (cinta) se encuadra en las hipótesis geológicas que predominaban en su tiempo. Se suponía que el Mediterráneo, primitivamente un *mar cerrado*, un lago, se habría colmado por el aporte de agua, aluviones y limo de los ríos; «al abrirse una boca» junto a las *Columnas de Heracles*, nuestro mar habría entrado en comunicación con el *Océano*, «y debido a esta salida de agua quedaron visibles lugares que antes estaban cubiertos con aguas poco profundas». Estratón de Lámpsaco (270-268 a.C.) de quien Estrabon recoge los datos, atribuía la causa «a que es distinto el nivel del fondo del *mar externo* y del *mar interno*, y en segundo lugar, porque aún ahora se extiende una cinta submarina desde Europa hasta la Libia, como prueba de que antes del mar interno y el mar externo no eran un solo mar» (15).

La fractura del Estrecho de las *Columnas de Heracles* se comparaba con la que se produjo en el Ponto Euxino (Mar Negro) en el Estrecho de Bizancio, y casualmente, el mismo Estratón (Estrabón I, 3,5-13) llama *mar interno* al Mar Negro y *mar externo* al Mediterráneo. Las confusiones se producen porque en tiempos de Estrabón *mar externo* o mar exterior designaba únicamente el Atlántico actual y el Mediterráneo era el mar interior o mar nuestro.

En tiempos de Diodoro (IV 18,2-5) todavía se discutía si Heracles *abrió o cerró* el camino del mar en el *Estrecho de las Columnas*. Según Hesichio (IV 78), Heracles había levantado «terraplenes» (FHA VIII, 421) para hacer un camino sobre el Estrecho (¿La Manga del Mar Menor?).

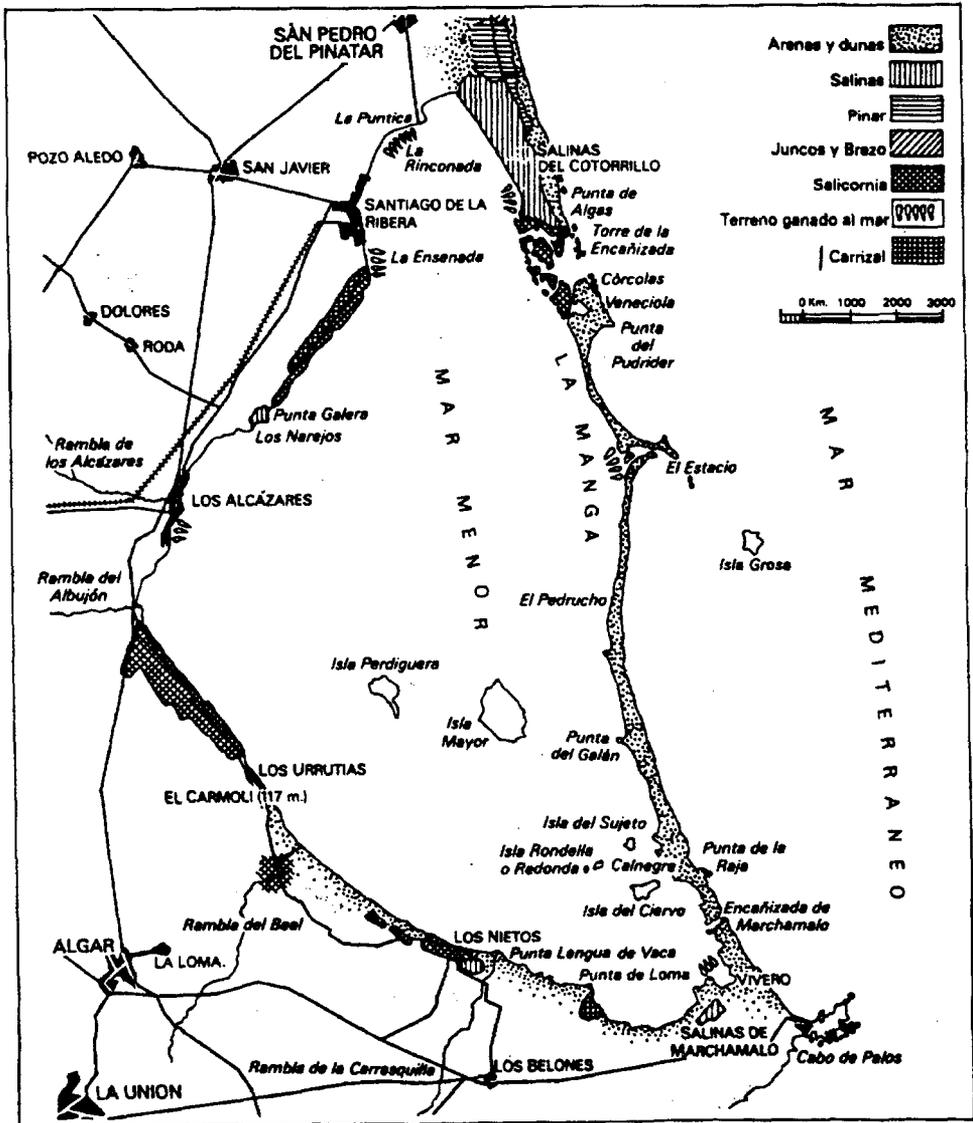
Observando la configuración geográfica de La Manga del Mar Menor en el territorio murciano (16), se comprende mejor el mito del *herma* de Heracles explicado por Diodoro (IV 18,2-5) diciendo que «extendió hacia adelante por largo espacio ambos promontorios»; añade que Heracles había dado «su propia denominación al rastro que hollaron los toros» (Diodoro IV 24,3) robados al rey tartesio Gerión; a mi modo de ver, es una clara alusión a la «*vía de Hércules*» que se iniciaba en la actual Cartagena.

En la reciente edición de la «Ora Marítima» se limitan a sostener la hipótesis de Schulten sobre el *herma* ignorando las coincidencias del litoral murciano sin analizarlas científicamente. Resulta extraño que no se argumente el rechazo a la posibilidad de identificar el *herma* con la *estrecha y larga barra arenosa* —en

(15) ESTRABON: «Prolegómenos: Geografía», ed. Aguilar (Madrid, 1980), p. 32 y 93.

(16) Varios autores: «Geografía de la región de Murcia», ed. Ketrés (Barcelona, 1986), p. 64.





La cinta de La Manga del Mar Menor, antiguo herma o "vía de Hércules".
(Geografía de la región de Murcia, 1986)

tiempos, tal vez cubierta con aguas poco profundas— que separa el Mar Menor del Mar Mayor o Mediterráneo. Casualmente, igual que en tiempos de Diodoro, también hoy existen dos teorías sobre la formación del Mar Menor:

1º) Un amplio *golfo marino* cuyas aguas cubrían la tierra ligeramente inclinada donde vertían en el Mediterráneo los cauces de las abundantes ramblas arrastran-

do limo y sedimentos arcillosos; los acarreo de lodo y aluviones de las ramblas y las masas de arena movidas por las corrientes marinas provocaron un cerramiento paulatino de la antigua bahía en el que también intervino una erupción que hizo emerger las islas Grosa, Mayor y Perdiguera, y otros escollos volcánicos.

2º) Un antiguo *lago* cuyo borde oriental se hundió o fracturó a causa de un brusco movimiento sísmico.

A mi entender, tanto si el *Estrecho de las Columnas* que comunicó el *mar interno* y el *mar externo* se abrió por una fractura en la que intervino un brusco movimiento sísmico (como da a entender Estrabon) y el empuje de las aguas facilitado por su inclinación natural, como si se cerró lo que era mar abierto con una *barra arenosa* al emerger la cinta de La Manga, es innegable que la memoria colectiva –representada imaginativamente por un héroe, Heracles– nos ha conservado la historia del territorio del *Estado de Tartessos* (17).

EL GOLFO HESPÉRICO O MEDITERRÁNEO

La versión latina de la «*Ora Marítima*» que se incluye en este primer volumen de los THA es casi idéntica a la que presentó en su edición Schulten (FHA I), sin embargo, la traducción castellana de Pere Villalba i Varneda –«irreprochable» a juicio de Pérez Fernández– difiere en algunos aspectos que podrían tener más importancia de lo que podemos figurarnos en un repaso superficial como el mío.

Por ejemplo, «*Hesperius aestus*» (Ora Marítima vv. 397-399) traducido como «*golfo Hespérico*» en la edición de Schulten, con más acierto, pues se trata de uno de los famosos *cuatro golfos* del antiguo Océano, el mayor de los cuales, según Estrabon (II 5,18) «configura el mar que se denomina interno o nuestro mar» (el Mediterráneo), Pere Villalba i Varneda lo convierte en una indeterminada «*marea occidental*» en su traducción, diciendo (THA I,110):

«Te haremos una exposición de los cuatro golfos mayores. Así, pues, la primera entrada de este mar –(Océano)– en la tierra es la de la *marea occidental* –(golfo Hespérico)– llamada también mar Atlántico; después está el oleaje hircano, el mar Caspio (...). Al primero una vieja usanza, en tiempos antiguos lo llamó Océano, y otra costumbre le dio el nombre de mar Atlántico» (el resto difiere poco de la versión de las FONTES que recogí anteriormente con el relato de Himilcón).

En la nueva traducción, la reiteración en suprimir los términos relacionados con *Hesperia* que utiliza Avieno siete veces cuando alude a los famosos «*cuatro*

(17) N. SUREDA: *La monarquía en la Historia Antigua de «Iberia»*, rev. *Murgetana* nº 84 (Murcia, 1992); y «*La Edad Oscura de nuestra historia y las relaciones marítimas*», rev. *Estudis Balearics*, vol. 8 (Palma de Mallorca, 1983); y «*Aproximación a la Protohistoria de Murcia*», rev. *Murgetana* nº 79 (Murcia, 1989).



golfos» del Océano (en esta edición los «cuatro mares») indica una intencionalidad que el propio traductor o el Consejo Técnico de la obra deberían haber explicado, para que no resulte sospechosa de intentar cerrar el paso a otras posibles interpretaciones sobre el antiguo *Océano*, nuestro Mediterráneo, entendido como *centro* del mundo conocido, que, entre las dos Hesperias forma el "golfo Hespérico".

Según Pere Villalba i Varneda el «*Hesperium Oceano*» (Orb. Terrae v. 53) es el «*Mar Occidental*» que «*penetra en el interior de las tierras abandonando las aguas del Océano*» (THA I 175): por tanto, tenemos un *Océano* (occidental o Hespérico) que «abandona» las aguas de otro Océano y penetra en el interior de las tierras como el «*golfo Hespérico*» o Mediterráneo. Sin embargo, el «*Oceani Hesperii*» es traducido «Océano occidental» (THA I,189). La omisión de los términos *Hesperius*, *Hesperii*, o *Hesperium* se repite tantas veces que resulta inexplicable.

Se diría que el traductor de la nueva versión de la «Ora Marítima» ha estado más interesado por imponer ciertas ideas –con aclaraciones inexistentes en el texto (compárese FHA I,156 y THA I, 65-66)– o por cambiar términos como el primer nombre de la Península, *Oestrymnis*, que ya tienen una larga tradición en la investigación española y extranjera, cambios que sólo conducen a confusiones de inexpertos.

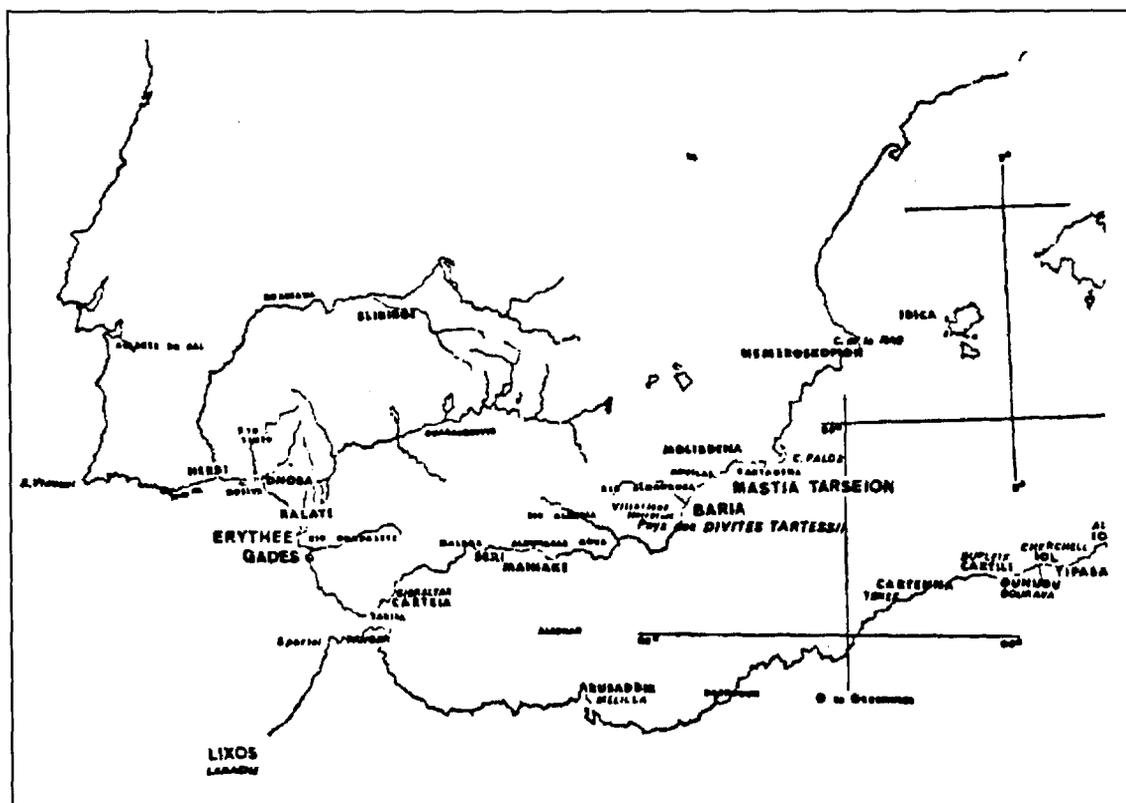
Me he extendido tanto en la crítica de este primer volumen de los *Testimonia Hispaniae Antiqua* –destacando olvidos y posibles errores– que alguien podría sacar conclusiones erróneas sobre este libro. Se trata de un estudio valiosísimo, un gran avance de la investigación. Como hicieron en su día los grandes investigadores como Schulten, Bosch Gimpera y García y Bellido, por fin algunos estudiosos españoles se han atrevido a manifestar sus opiniones sobre Avieno sin temor a la crítica científica. Un numeroso equipo de profesionales se han comprometido exponiendo sus hipótesis, por tanto, este volumen constituye una sólida aportación cuyo mayor mérito es estimular la inquietud y la discusión intelectual. Es fruto de un trabajo colectivo en el que se mezclan sugerencias contradictorias que pueden abrir el camino hacia la duda fructífera. Se estimula el debate científico al intercambiar oportuna y valiosa información actual junto a referencias polémicas.

Ahora bien, los esfuerzos realizados son insuficientes y queda mucho por hacer, especialmente en lo que se refiere al *litoral tartessio* del territorio murciano. Ya observó Pierre Cintas (18) que los «*divites Tartessii*» de Avieno (Ora Marítima v. 423) están situados en la región de *Mastia-Tarseion* en el territorio de Cartagena. En el momento presente, el balance de las nuevas opciones de la investigación, a mi juicio, se inclina excesivamente hacia las interpretaciones del

(18) PIERRE CINTAS: «Manuel d'Archéologie Punique», I, ed. A. et. J. Picard (París, 1970), p. 271-273.



gran Schulten y da como resultado una obra mejor documentada –por las aportaciones actuales– pero poco innovadora. Cabe esperar que este interesante libro sirva de estímulo para nuevos estudios que maticen y completen las aportaciones científicas de grandes especialistas como Pierre Cintas, sin ambigüedades, recelos ni prejuicios previos. Lamentablemente, la tendencia actual de algunos investigadores responde a los gustos y modas de nuestro tiempo en determinados medios académicos poco respetuosos con el rigor científico. Han encontrado en el terreno de la retórica sobre lugares utópicos, la fórmula adecuada para convertir en *retórica literaria* lo que no pueden documentar en la *Turdetania* del bajo Guadalquivir (19).



Mapa del gran arqueólogo francés Pierre Cintas (1970) situando en Almería a los ricos y opulentos tartessos (*divites tartessii*) de Avieno.

(1) VARIOS AUTORES: *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Ed. Gredos (Madrid, 1995).

